Historia de la literatura española a principios del siglo xx

Fatma Benhamamouche
Universidad de Orán Es-Senia
Facultad de Lenguas Latinas (Sección Español)
E-mail: fatoumi_dz@yahoo.fr

RESUMEN

En este artículo atenderemos a la historia de la literatura española, a principios del siglo xx, a partir del contexto histórico, social y literario.

Palabras claves: historia, sociedad, literatura, siglo xx.

En este artículo intentaremos presentar un panorama de la literatura española en un período histórico que se extiende entre la implantación de la Monarquía Restaurada y el final de la Guerra Civil, es decir, de 1875-1939. Tratando de la historia de la literatura es preciso señalar que enfocaremos en primer lugar el contexto histórico y social en el que la creación literaria se va a desarrollar y a continuación los movimientos literarios con los autores que se enmarcan en ellos.

Esta época coincide con unos años especialmente significativos para la historia y la literatura de España. En efecto, enmarcan el período de las crisis que abatió, dividió primero y, luego, enfrentó a la sociedad española en una guerra civil demoledora (Berenguer, 2004: 9). Es también una de las grandes épocas del genio español:

> […] la que se gesta en el resurgimiento intelectual del siglo xviii y en las épicas luchas civiles de la primera mitad del siglo xix; la que nace con la Restauración y se hincha como una ola magnífica, alcanzando su plenitud en la Generación del 98, y en las que viven en el primer tercio del siglo xx, para romperse en una cascada fragosa de espuma y de violencia en el trance magno de la revolución y la guerra de 1936. (Ferrero, 1953: 11)

1. EL AMBIENTE POLÍTICO Y SOCIAL

Hemos ya señalado que es un período de crisis continuadas, crisis de la institución monárquica que se manifestaron de manera más aguda en distintos momentos, es decir: el desastre del 98, la crisis de 1917 en la que se materializó, a nivel político, el proceso de degradación iniciado por el sistema de la Restauración, la crisis del sistema canovista (1930), la Segunda República (1931), la Guerra Civil (1936) y la dictadura del general Franco (1939).

1.1 La Restauración

Se definía a partir de una monarquía constitucional que se había establecido tras el fracaso del ensayo revolucionario de 1868-74. No obstante, aunque dotada de un gobierno parlamentario, los dos grandes partidos —el conservador y el liberal—, que representaron este último, fueron oligárquicos y defendieron los privilegios de las clases dominantes: la aristocracia y la alta burguesía.

Los estratos sociales se definían por una aristocracia, representada por la nobleza feudal[1] (Jutglar,1969: 17), cuya ideología tradicional determinó las reglas bajo las cuales se debatió *el problema de España* (Blanco Aguinaga, 1970: 26; Vicens Vives, 1985: 127), una alta burguesía detentadora del poder político, una pequeña burguesía en la que se dibujaron tres actitudes mentales: la conservadora, la reformista y la radical, y una clase obrera que se componía de una clase campesina sujeta al poder de los latifundistas y otra industrial creada por la revolución industrial (Tuñón de Lara, 1975: 306; 1977b: 20).

Pero el estado de crisis económica, social e ideológica que había motivado el intento de la revolución burguesa seguía vigente y la Restauración canovista no trató de resolverla sino que procuró aplazarla. Se contentó con asegurar los intereses de la clase acomodada. La insatisfacción de la pequeña burguesía y de la clase obrera, que no habían participado del pacto restauracionista, se tradujo en diversas luchas que aceleraron el estado de crisis y desembocaron, en 1931, en una segunda república, seguida, poco tiempo después, de una guerra civil (1936-1939). Cabe señalar que una de las luchas de aquella clase dio lugar a la creación de la Institución Libre de Enseñanza cuya importancia hay que poner de relieve.

1.2 La Institución Libre de Enseñanza

Como consecuencia del pacto restauracionista, el 26 de febrero de 1875 un decreto del marqués de Orovio anuló la libertad de cátedra. Varios profesores se negaron a acatar dichas disposiciones. Asimismo, la destitución y encarcelamiento de Francisco Giner de los Ríos[2] levantó una ola de protestas y dimisiones. A consecuencia de ello nació la Institución Libre de Enseñanza el 29 de octubre de 1876. Esta institución, laica, se inspiró en la filosofía de Krause[3]. El krausismo fue introducido en España durante la segunda mitad del siglo XIX por el catedrático de la Universidad de Madrid Julián Sanz del Río (1814-1832). Derivada de Kant y del idealismo alemán, defendía la creencia en la perfectibilidad del hombre y en su progreso hacia lo absoluto por medio del conocimiento racional, la libertad y la armonía vital (Blanco Aguinaga, 1978: 174). Pero «muy distinto del krausismo

---

1 Una aristocracia que se había beneficiado de las desamortizaciones de 1837 y de 1855.

2 Introductor del krausismo en España.

3 Christian F. Krause (1781-1832), filósofo alemán en el que se origina el pensamiento de los krausistas españoles.

a secas» (Tuñón de Lara, 1977: 37), en su adaptación española fue «revestido con un significativo idealismo ético que, durante años, simbolizó de hecho la actitud innovadora y laicista en el campo intelectual, frente al catolicismo conservador» (Jutglar: 150).

En la Institución Libre de Enseñanza profesaron no solo los krausistas sino también los positivistas, entre ellos Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Costa, Gumersindo de Azcárate, Nicolás Salmerón, Manuel B. Cossío y Antonio Machado Núñez. Estuvo encuadrada, como señala Alonso Ortí, dentro del espacio en que:

> la […] intelligentsia —que sueña con atribuirse una misión nacional que la gran burguesía no cumple— se identifica plenamente con la pequeña burguesía, y reclama el poder en su nombre: pues sólo la posibilidad de realización de una política pequeña-burguesa puede permitir a los intelectuales —progresistas o tradicionalistas— hacer el papel de líderes políticos efectivos. (Ortí, 1976: 155-202)

Según M. Tuñón de Lara, el institucionismo tuvo tres fases: la primera más combativa que extendida hasta 1881, correspondió a la reintegración en la Universidad de los profesores destituidos, y al cese de sus actividades de enseñanza superior para actuar desde dentro de la Universidad. La segunda, «de esfuerzo reformista y muy centrada en la renovación pedagógica, además de ejercer una cierta influencia dentro del Estado» —correspondió a la presencia de Manuel y Antonio Machado en la Institución—. «La tercera fase, netamente elitista centrada en la lucha para conquistar los puestos clave de la educación y, en general, de la sociedad», se enfocó con la creación de varios centros culturales y científicos. En 1907 se creó la Junta para Ampliación de Estudios que envió estudiosos españoles a familiarizarse con la ciencia y la investigación extranjera (Antonio se marchó con una beca, en 1911, a París, al igual que otros compañeros de su generación como Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, etc.). En 1910, se creó la Residencia de Estudiantes, centro importantísimo de la intelectualidad española en el primer tercio del siglo xx —tanto Manuel como Antonio quedaron en estrecha relación con aquella hasta 1936—. Tampoco se descuidó la enseñanza secundaria, ya que en 1919 se fundó el Instituto Escuela (Tuñón de Lara, 1977: 45). Ángel Berenguer llama la atención sobre el hecho de que:

> la Institución Libre de Enseñanza […] se asegura el espíritu institucionalista como continuidad y eficacia sin precedente en la Historia de la burguesía española. Por primera vez las clases medias se organizan, crean las condiciones necesarias para dotar a la nación de los cuadros que le serán imprescindibles en un funcionamiento racional que, cada vez más, el pueblo español echa de menos en la gestión restauracionista. (Berenguer, 1991)

Sus presupuestos ideológicos correspondieron culturalmente a la proyección política de la democracia liberal y parlamentaria de la época, sistema que correspondió al de los países europeos políticamente avanzados. Muchos de los miembros de la Institución pensaron a partir de la segunda fase (desde 1881 hasta 1907), en la que se formaron precisamente nuestros dos poetas, que la transformación

era posible dentro del sistema. Otros fueron partidarios del régimen republicano reformista. Antonio y Manuel Machado, como la inmensa mayoría, se situaron al principio de su vida entre los republicanos reformistas, igual que algunos de sus compañeros —tal como Miguel de Unamuno (1864-1936)— (Blanco Aguinaga, 1978b: 204), que llegaron a esta actitud desde el socialismo más o menos utópico. Pero si bien ambos hermanos iniciaron su vida bajo la ideología republicana reformista, posteriormente cada uno siguió una trayectoria distinta, que sus actitudes sociales y políticas, así como sus visiones estéticas, transparentaron.

1.3 El desastre de 1898

¿Qué supuso 1898 para España? Lo que vino llamándose el «desastre del 98» no fue más que una de las primeras crisis profundas del sistema restauracionista. Las pérdidas de las últimas colonias pusieron en evidencia la no validez del sistema de hegemonía ideológica de la oligarquía que se apoyaba en parte sobre la idea de la grandeza de España a través de su colonialismo y marcaba la crisis del sistema tradicional (Tuñón de Lara, 1967: 45). Se evidenció la realidad de una España en situación marginal a la Europa de entonces que vivía una fuerte expansión económica y que, además, invertía sus capitales en una España que llegó a ser tanto para Inglaterra como para Francia y Bélgica una zona colonizable debido al atraso económico y social en la que se encontraba (Blanco Aguinaga, 1970: 23-24). España seguía con una crisis económica estructural debida a la falta de capitalización de las explotaciones agrícolas relacionadas con la estructura latifundista y minifundista de la propiedad agraria, el poder de compra de la población rural era bajísimo. Todo ello frenó la expansión y el desarrollo de la industria en un mercado nacional. A la crisis económica se añadió la social debida a la irrupción de la pequeña burguesía y de la clase obrera cuya organización aumentaba la toma de conciencia (Tuñón de Lara, 1967: 30-33).

Frente a este estado de crisis se levantó un grupo de intelectuales de la pequeña burguesía, llamados «los regeneracionistas», que denunciaron todos los males de la patria (oligarquía, caciquismo, partido de turno, etc.) intentando «regenerar España», y ofrecieron soluciones concretas, casi todas de carácter económico y educativo. Dentro de este grupo figuraban Joaquín Costa, Lucas Mallada, Macías Picavea, Damián Isern y otros (Tierno Galván, 1961: 7-30; Pérez de la Dehesa, 1966: 168). Este grupo más bien científico influyó en lo que vino a llamarse la «Generación del 98», que expresó y denunció el problema de las «dos Españas» mediante formas estéticas (Tuñón de Lara, 1986: 25-26).

1.4 La crisis de 1917

Fue un período en el que en España se aceleró visiblemente el proceso llamado a desembocar diecinueve años después en la Guerra Civil. Correspondió a un ciclo revolucionario de dimensiones europeas, durante el cual se consumó la des-

composición del sistema político basado en la Constitución canovista. Se afirmó la potencia de un movimiento obrero estimulado en su base por las dificultades económicas nacidas de la vertiginosa subida de precios, consiguiente de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), momento en que España estaba viviendo una aparente expansión económica debida a su neutralidad política. Llevada por la Revolución Rusa, la irrupción del pueblo en la vida política no dejó de influir en el país donde el malestar social se manifestó con una intensificación de las huelgas (huelga general del verano de 1917 y la de 1919). Hubo una violenta agitación campesina en Andalucía, también se hicieron más intensas las manifestaciones obreras en motines de subsistencia y con afiliaciones en masa a los sindicatos. Asimismo el Ejército manifestó su descontento organizándose en juntas de defensa, aunque luego colaboró con el gobierno en la represión de los levantamientos revolucionarios citados. A partir de 1921, con el desastre de Annual (Marruecos), que denunció lo trágico y grotesco que tenía la empresa colonial española, la crisis se agudizó. Todo ello desembocó en el golpe de estado del general Primo de Rivera que salvó por algunos años, hasta 1931, el régimen monárquico (Jover, 1963b: 707).

1.5 La dictadura de Primo de Rivera

La dictadura de Primo de Rivera se manifestó con una fuerte tendencia centralista, apoyada por el ejército, favorable al partido clerical y a la Iglesia. Fue igualmente aristocrática y apegada a los grandes terratenientes, inclinada al socialismo de Madrid y opuesta al sindicalismo de Barcelona. Tuvo como adversario a los intelectuales (fue típica la actitud de Miguel de Unamuno frente al dictador)[4], a los republicanos (parte del Ejército, pequeños comerciantes, etc.) y a la CNT José María Jover estima que estos últimos elementos añadidos a la no renovación a fondo de las estructuras campesinas —que hubiera creado mayor estabilidad social en el país y una industria nacional más estable—, a la no reconstitución política y a una grave crisis financiera fueron los factores de la caída del régimen (Jover, 1963: 707-717).

Primo de Rivera dimitió el 28 de enero de 1930 y tras él la Monarquía. Y a raíz de unas elecciones municipales celebradas el 12 de abril de 1931, surgió la II República, el 14 de abril de ese mismo año. La crisis española de este período no fue extraña a la situación europea y, como indicó Antoni Jutglar, coincidió con la gran depresión económica que,

> camuflado por los oropeles de la prosperity y del supercapitalismo (paralelamente a la concreción significativa de los futuros fascismos —[el de Italia con Mussolini en 1924][5]—, nazismos y otros ismos análogos)— venía gestándose desde el final de la primera guerra mundial, para estallar finalmente en el crack de 1929 y en el pánico de los años 30, afectando singularmente a las actividades agrícolas españolas y, como derivación, a las industriales. (Jutglar, 1969: 249)

4 Por su rechazo a la dictadura de Primo de Rivera, fue deportado a Fuenteventura.

5 Este dato es nuestro.

1.6 La Guerra Civil

Con la Segunda República las tensiones surgidas de la desintegración política, social y económica llegaron a su paroxismo. Las izquierdas españolas que asumieron el poder en abril de 1931 no pudieron evitar un deslizamiento hacia un enfrentamiento abierto entre la facción radical (burguesía y proletariado) y la reaccionaria (burguesía que no aceptó el surgimiento del proletariado en el poder), las cuales se enfrentaron en una guerra civil que comenzó en 1936 y acabó en 1939 con la instauración de una dictadura militar. La pequeña burguesía, otra vez, fue incapaz de tomar y mantener el poder político. Tanto la Guerra Civil como su desemboque en una dictadura, quedaron muy pronto implicados en la problemática europea que vio el advenimiento del nacional-socialismo en Alemania en enero de 1933 y la sangrienta eliminación del socialismo austríaco en febrero de 1934, hechos que impulsaron a que las izquierdas españolas tomasen medidas drásticas contra la derecha y propiciaron un clima de violencia. Esta misma violencia, en Europa, desembocó en la II Guerra Mundial (1939-1945) estrechamente ligada, sin descartar la problemática económica europea de aquel momento, al surgimiento del nazismo (Valverde, 1986: 429-434).

Durante la Guerra Civil, Antonio Machado [6] fue consciente de que en el proceso que estaban viviendo los españoles, su propia clase estaba en la incapacidad de controlar el poder, y en boca de Juan de Mairena pone:

> En España —no lo olvidemos—, la acción política de tendencia progresiva suele ser débil, porque carece de originalidad; es puro mimetismo, que no pasa de simple excitante de la reacción […]. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos —digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro. (Machado, 1951: 1010)

2. EL AMBIENTE LITERARIO

2.1 El Posromanticismo, el Realismo y el Naturalismo

En España, bajo la Restauración, existió una clara crisis de la pequeña burguesía provocada por el fracaso de la experiencia de 1873. Esta crisis se situó en la misma línea que la de la pequeña burguesía europea que, considerando el retroceso de su papel, tuvo que comprobar definitivamente su impotencia para hacer

---

6 Cuando Machado fue evacuado de Madrid, hacia Valencia en noviembre de 1936, no fue más que el empezar de un exilio que acabó en Colliure, donde murió el 22 de febrero de 1939.
Todas las poesías de guerra de Antonio Machado han sido recopiladas por Aurora de Albornoz en Poesías de guerra de Antonio Machado.

triunfar su idea de revolución democrática, paralelamente al auge extraordinario de la gran burguesía instalada en el poder.

Este descontento se tradujo en un deseo de considerar las realidades prácticas distanciándose del Romanticismo. Irrumpió entonces el Realismo, como expresión estética manifestándose de la misma manera que la que se había dado en la escena europea en la segunda mitad del siglo XIX. En Europa había respondido a un estado de crisis social en la que el proletariado combatía por sus derechos laborales y la pequeña burguesía por su acceso al poder (Jutglar, 1969: 213-215). De esta situación había salido un nuevo concepto filosófico sobre el que giraron las ideas de Marx y Engels, al mismo tiempo que se desarrollaron los conceptos de «evolucionismo» a partir del descubrimiento de Darwin, quien planteó la supervivencia de los seres mejor adaptados, y el de «positivismo» de Augusto Comte (1798-1857) basado en el método experimental que no admitía más que los hechos que se podían observar y demostrar (Berenguer, 1985: 20)[7].

> El enfoque del Realismo se pospuso a los ideales románticos y encontró otra expresión: el Naturalismo, que fue la forma corriente de designar dentro de la corriente realista el concreto Realismo de la segunda mitad del siglo XIX.

El Naturalismo fue, a su manera, un cierto proletariado artístico que denunció su disconformidad con la sociedad en la que vivía.

Sin embargo, la España de aquel momento se incorporó muy levemente a esta etapa de progreso europeo. El positivismo como sistema filosófico penetró en España a partir de 1875 y se dio de una forma limitada a través de traducciones, de divulgaciones y de las cátedras. Recordemos que la Institución Libre de Enseñanza contó con positivistas (Tuñón de Lara, 1977: 44). Pero la confianza en un progreso indefinido, promovido por la idea de evolucionismo, solo se encontró en las clases medias como manifestación de un deseo de progreso y de europeización. La corriente del regeneracionismo estuvo estrechamente ligada a esta idea.

Lo que cabe considerar es que, en España, aunque fue al nivel estético, esta pequeña burguesía reaccionó contra el Romanticismo buscando nuevas fórmulas para expresar su propia preocupación, pero esto no impidió la perduración de una literatura posromántica.

Este Posromanticismo se expresó en dos líneas totalmente distintas. Una primera, aparentemente progresista, correspondió a una actitud conservadora en su formulación. La representaron Ramón de Campoamor (1817-1901) y Gaspar Núñez de Arce (1832-1903), que fueron los dos poetas de mayor prestigio al principio de la Restauración. Sin embargo, a pesar de que sus poesías llevasen un fuerte componente romántico, reflejaron en cuanto a contenido las nuevas corrientes de

---

7 Claude Bernard con *La introducción a la medicina experimental* en 1859 revela un conocimiento del hombre en su aspecto puramente físico. Luis Pasteur (1822-1895) descubre el mundo de los microbios y la inmunización por vacuna.

la época. Influyeron en un principio en los modernistas, Rubén Darío lo atestiguó cuando, acerca de la poesía de Gaspar Núñez de Arce, escribió en *España contemporánea*: «Reavivaste el amor de lo bello» (*apud*. Shaw, 1976: 116). También, con su escepticismo angustiado —rasgo romántico—, impactaron a la Generación del 98 (Ángel del Río, 1985: 145-251).

La segunda línea se dio con una poesía subjetiva, más intimista, sentimental e idealista con influencia germánica, sobre todo la de Heine, quien reavivó el espíritu de rebeldía romántico. Esta tendencia estética cuyas figuras cumbres fueron Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) y Rosalía de Castro (1837-1885) se impuso como una depuración de las exageraciones retóricas en las que había caído la expresión romántica en los últimos años. Bécquer eliminó los elementos declamatorios y efectistas del viejo Romanticismo y consiguió depurar la lírica de su popularismo, sus *Rimas* fueron muy representativas de ello. Se enfrentó con el problema esencial del poeta: las limitaciones del lenguaje. En ello, principalmente, residió su influencia en Manuel (Brotherston, 1976: 82) y Antonio Machado, que adoptaron esa misma actitud en su creación poética.

La poetisa gallega Rosalía de Castro, cuya novedad fue la de escribir sus poesías en gallego, se inspiró en las canciones populares para crear una poesía de componente regionalista y llevó un fuerte ataque contra el centralismo imperante, al que atribuyó la causa de las migraciones forzadas de la gente de su tierra por falta de trabajo (Aguinaga, Puértolas, Zavala, 1978: 106-116). *Follas novas,* publicada en 1880, cuya trascendencia repercutió en *Las Soledades* de Antonio Machado, era una dolorosa meditación sobre la existencia.

Fue en este Realismo romántico que estaba en vigencia en la España de la Restauración donde crecieron las futuras generaciones de escritores.

No obstante, la verdadera ruptura con la tendencia tradicionalista del Realismo se dio a partir de dos novelistas, figuras claves del Naturalismo español, Leopoldo Alas, *Clarín* (1852-1901), y Benito Pérez Galdós (1843-1920). Llevaron una crítica acerba sobre la sociedad de su tiempo. Ambos estuvieron estrechamente unidos al krausismo y a la Institución Libre de Enseñanza por los contactos que tuvieron con ella pero sin estar ella (Tuñón de Lara, 1977: 84).

Dentro de las manifestaciones estéticas, la importancia de Galdós, cuyas obras denotaban un fuerte anticlericalismo, residió sobre todo en el hecho de que participó del impulso de la actitud crítica que se dio en la nueva generación (Jover, Reglá, Seco, 1970: 638).

2.2 El Modernismo y la Generación del «98»: sus compromisos estéticos

Un nuevo grupo de intelectuales surgió en un periodo en que la pequeña burguesía liberal, en su tentativa de tomar el poder, estaba manifestando su inconformismo con el régimen de la Restauración e imponía un fuerte impulso en pro de

la europeización. A la empresa de la Institución Libre de Enseñanza que intentaba preparar a una élite para el poder, se unían la polémica de los regeneracionistas que pusieron de manifiesto el atraso, la miseria del país —intentando remediar los males de la nación—, la organización constante y progresiva del Partido Republicano y las agrupaciones políticas del proletariado. También la crítica de los escritores tales como Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas, *Clarín*, participó en todo ello.

El desastre del 98 vino a darles la razón en su deseo de cambiar el panorama español. M. Tuñón de Lara lo resume así:

> […] no hay ya Imperio ni tan siquiera sus restos sobre los cuales vivir o vegetar; terminánronse mercados y fuentes de beneficio fáciles; acreditaron su ineficacia los partidos políticos llamados de turno. Pero, al mismo tiempo, crece la industrialización, aumentan las inversiones desplazándose capitales de las colonias a la antigua metrópoli, crece en consecuencia el sector asalariado de la industria. Y estos últimos fenómenos se oponen contradictoriamente al mantenimiento de las viejas estructuras agrarias, de las relaciones de Poder fundadas en la oligarquía asentada sobre un caciquismo de base rural. (Tuñón de Lara, 1977: 102)

El contraste entre una España pobre y mal regida, y una Europa constituida por potencias ricas, fuertes y adelantadas científicamente obsesionó a los españoles de la Restauración (Jover, Reglá, Seco, 1970: 723-724). Hubo un deseo de europeización, es decir, de incorporación a la civilización industrial.

En este ambiente irrumpió, a la vida estética, un grupo de jóvenes, nacidos entre 1865 y 1875, en el momento en que la crisis del desastre de 1898 levantaba toda una ola de protestas contra la estructura de su país.

Esta generación manifestó su insatisfacción con el estado de la literatura, con las normas estéticas imperantes y un deseo de cambio que no se sabía muy bien en qué había de consistir (Salinas, 1972: 13). Considerando que la verdadera problemática de esta época residía en la división entre los que pensaban dentro del sistema, y dentro de él pretendían actuar (monarquía o república: Cánovas o Sagasta) y los que se oponían al sistema (anarquistas o socialistas), fueran o no literatos. Esta nueva corriente de escritores se situó en la segunda categoría (Aguinaga, Puértolas, Zavala, 1978: 203).

En todos estos escritores se encontraron unos anhelos innovadores, nacidos de la inquietud universal de la época, en ellos confluyeron la preocupación por los problemas generales del hombre individual y la de crearse un nuevo estilo. Todos fueron originarios de clases medias y tuvieron facilidad para el acceso a la cultura. El caso de Manuel y Antonio Machado fue aún más distintivo en cuanto a esto, pues pertenecieron a una familia progresista e intelectual cuyo abuelo había sido catedrático en las universidades de Sevilla y de Madrid y el padre abogado e investigador del folklore.

Desde el principio su espíritu de protesta se alzó contra el sistema social y literario establecido y expresó en distintos actos:

— Coincidieron casi todos en apoyar a Benito Pérez Galdós, en enero de 1901, cuando estrenó *Electra*, obra de fuerte contenido anticlerical. A partir de entonces, crearon una revista que llevaba el mismo nombre *Electra*, en la que todos colaboraron.
— En 1901, visitaron la tumba de Larra ante la que José Martínez Ruiz, *Azorín*, leyó su oración en nombre de esos escritores jóvenes.
— Protestaron contra el homenaje a Echegaray[8], con motivo de su concesión del Premio Nobel.

También como vínculos de convivencia fueron fundamentales las tertulias y las revistas. En las revistas que fueron de poca duración colaboraron tanto los del 98 como los modernistas: *Germinal, La caricatura, La vida literaria, Electra, La revista Ibérica, Helios*. También sacaron a la luz otra revista, *La Revista Ibérica*, en la que participaron algunos institucionistas como Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío (Tuñón de Lara, 1977: 33).

— Casi todos ellos realizaron viajes a París en busca de un clima cultural y político que le daba acceso a lo producido en otras lenguas y no traducido al castellano.
— Todos ellos revalorizaron a Gonzalo de Berceo y Jorge Manrique, el Arcipreste y Góngora, y negaron el Realismo neorromántico de Núñez de Arce y de Campoamor.
— Todos ellos empezaron su vida bajo la bandera del Modernismo coincidiendo con el Simbolismo francés debido en gran parte a la introducción *de Prosas Profanas* (1896) del nicaragüense Rubén Darío (1867-1916).

Pero pronto manifestaron inquietudes diferentes y se separaron formando dos movimientos que vinieron a llamarse: el Modernismo y la llamada «Generación del 98». La actitud literaria de este grupo de intelectuales jóvenes se focalizó entonces a partir de dos visiones del mundo distintas: una nacionalista, preocupada por el problema nacional (la Generación del 98), y otra cosmopolita (el Modernismo).

No obstante, para entender el panorama estético en el que se inscribió dicha generación, es preciso definir qué fue el Modernismo —en la versión francesa se dio con el nombre de Simbolismo—, y en qué respondió a los anhelos de estos escritores.

2.3 El Modernismo

¿Qué experimentaba Francia y al mismo tiempo Europa en aquel momento?

---

8 José Echegaray (1832-1916). Escritor de obras dramáticas.

Europa había entrado en su época imperialista, al crecimiento industrial se añadía su empresa colonialista. En Francia predominaba la alta burguesía con una república conservadora. La vida económica había alcanzado el estado del gran capitalismo. También participaba del profundo cambio que se estaba dando con los nuevos descubrimientos científicos como por ejemplo la relatividad de Einstein (1905-1915); a ello se añadían los prodigiosos avances técnicos (electricidad, motor a explosión, telegrafía sin hilos), la aparición del cine. Este último avance científico entrañaba la negación de toda la visión del mundo positivista y se abría a una nueva concepción filosófica: el Vitalismo, cuya manifestación se dio a nivel cultural, en la exaltación de los valores vitales (salud, fuerza, poder), en el conocimiento del hombre a través de la intuición y la espontaneidad. Tuvo a sus más grandes representantes en la figuras de Henri Bergson, Friedrich de Nietzsche, Dilthey, Kierkegaard y Schopenhauer (Berenguer, 1985).

El gran movimiento estético que reaccionó contra el espíritu positivista, la sociedad moderna y el Naturalismo fue el Modernismo que empezó en Alemania a mediados del siglo XIX como expresión de la incertidumbre frente a los valores e ideas que habían fundado a la modernidad. Este movimiento pasó a Francia y se quedó conformado en lengua francesa bajo el nombre de «Simbolismo». Este correspondió a la fase posterior del Parnasianismo cuyo nombre se derivó de la publicación que acogió a los representantes de esta tendencia: *Le Parnasse contemporain* (1871-1894). Esto había evolucionado paralelamente al Naturalismo, como protesta contra la revolución de 1848, defendiendo la teoría del «arte por el arte» que había instaurado el culto a la perfección formal, el ideal de una poesía serena, equilibrada, el gusto por las líneas puras y escultóricas. A ello se pospuso una preferencia por ciertos temas tales como la evocación de los grandes mitos griegos, de lo exótico, de los ambientes orientales, de las épocas y civilizaciones remotas (el mundo bíblico, la España medieval, etc.). Fueron aspectos de la poesía de Rubén Darío y de sus seguidores.

El Simbolismo fue la fase siguiente al Parnasianismo, formó escuela hacia 1886, fecha del Manifiesto simbolista —lanzado por Jean Moreas, quien fue amigo de Manuel Machado—. Sus seguidores se alejaron del academismo parnasiano, quisieron ir más allá de la apariencia. Para ellos, el mundo sensible no era más que el reflejo (o símbolo) de realidades escondidas, y la misión del poeta era descubrirlas. Se propusieron buscar, a través de la exploración del alma y del cultivo del refinamiento en formas y modales (dandismo) (Valverde, 1985: 41), la belleza como ideal oculto. Este movimiento alcanzó su más elevado grado de actividad polémica en la década comprendida entre 1885 y 1895. El gran precursor de la poesía simbolista y de la lírica moderna fue Charles Baudelaire (1821-1867) quien llevó a la nueva generación al camino del esteticismo romántico y enseñó a combinar el nuevo esteticismo con el antiguo fanatismo del arte. Según Octavio Paz:

> el Simbolismo recogió los dos grandes temas de la poesía romántica: la poesía del poeta (el Yo del poeta) y la poesía del poema (hizo del canto el cuento

> mismo). Entre estos extremos desplegó —otra herencia romántica— el diálogo entre ironía y analogía: la conciencia del tiempo (tiempo lineal) y la visión de la correspondencia universal (tiempo cíclico). (Paz, 1990: 27)

También afirmó que el poema simbolista aborrecía las explicaciones generales, su expresión fue la sugerencia mediante las metáforas y los símbolos; eliminó las descripciones y la narración; aplicó al poema extenso la estética del poema breve; yuxtapuso lo extenso y lo intenso: el poema extenso se volvió una sucesión de momentos intensos. El simbolista se identificó con un lenguaje esotérico, profesó un culto al misterio del universo y al poeta como sacerdote de esta religión secreta, describió las nostalgias de un más allá (Paz, 1990: 27-41). Usó el lenguaje poético y el verso como sistema de sonidos, otorgando a la palabra poética un carácter musical e introdujo el verso libre (Aullón de Haro, 1989: 27). Además, Anna Balakian, en su obra *El movimiento simbolista,* nos reveló que al igual que los románticos buscaron analogía e imitaciones del infinito y encontraron su perspectiva en el sueño, como estadio intermedio entre este mundo y el futuro, lo hicieron los simbolistas, pero donde los románticos aspiraron al infinito, los simbolistas creyeron que podían descubrirlo, ahí residió su otra religión (Balakian, 1969: 29). Todo ello confirmó la persistencia del impulso romántico. Otra característica que se puso en evidencia en la obra citada fue:

> Con el Simbolismo el arte dejó realmente de ser nacional y adoptó las premisas colectivas de la cultura occidental. Su preocupación mayor fue su […] confrontación de la mortalidad humana con la fuerza de supervivencia que se deriva de la conservación de la sensibilidad humana en las formas estéticas. (Balakian, 1969: 20)

Los más representativos de esta corriente fueron Baudelaire, Verlaine (1844-1896) y Mallarmé (1842-1898), lo fue también la música de Wagner, el drama escandinavo de Ibsen y Björnson, la novela rusa de Dostoievski y Tolstoi que contribuyeron en las plasmaciones de esta tendencia filosófica y estética en Europa.

El Simbolismo penetró en España bajo el nombre que habían adoptado los iberoamericanos: el Modernismo, con una versión distinta de la que se dio en Francia.

Octavio Paz, partiendo del hecho de que el Simbolismo fue indisociable del Romanticismo, que fue su prolongación, nos dice que así como el Romanticismo criticó su propia razón crítica, es decir, la de la Ilustración del siglo XVIII y fue una negación moderna dentro de la modernidad, lo mismo estuvo llevando el Simbolismo. También consideró que España no tuvo ese verdadero Romanticismo que correspondió en su momento, en Europa, a una reacción de la conciencia burguesa que hizo su propia crítica, criticando a la Ilustración puesto que esta, en la versión española, dejó intactas las estructuras tanto psíquicas como las sociales. Dado que la burguesía y los intelectuales no hicieron la crítica de las instituciones tradicionales o, si la hicieron, esa crítica fue insuficiente, «no podían criticar una modernidad que no habían tenido» (Paz, 1974: 121).

A partir de este enfoque se explica entonces el hecho de que el Modernismo español no se dio como una visión del mundo contrariamente al de los iberoame-

ricanos y al de los simbolistas, sino como un lenguaje interiorizado y trasmutado por algunos poetas españoles. Estos hicieron suyos inmediatamente el nuevo lenguaje, los ritmos y las formas métricas.

Este Modernismo coincidió, inicialmente, con la reacción postmodernista iberoamericana frente al lenguaje literario: llevó una crítica de las actitudes estereotipadas y de los clichés preciosistas, rechazó el lenguaje falsamente refinado. En lo español predominó la búsqueda de una poesía esencial que se resolvió en una vuelta hacia la tradición poética española: la canción, el romance, la copla. Los modernistas españoles volvieron al mismo tiempo a los románticos que habían sido Espronceda, Mariano José de Larra, Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía de Castro —aunque estos dos últimos fueron dos románticos tardíos dentro del rezagado Romanticismo español— y, simultáneamente, a la fuente de su inspiración que habían resucitado los primeros románticos, es decir, la Edad Media con Jorge Manrique (1440-1479), Gonzalo de Berceo (1185-1264) y el Siglo de Oro con Lope de Vega (1562-1635) y Luis de Góngora (1561-1627).

Los españoles confirmaron así el carácter romántico del Modernismo, pero, al mismo tiempo, se cerraron ante la poesía de la vida moderna, conscientes de que su visión del mundo era la de una España atrasada respecto de la del Simbolismo que correspondió a la visión de una Europa en plena expansión y modernidad (Paz, 1974: 12-139) La revolución modernista fue una vuelta a los orígenes. Su cosmopolitismo se transformó en el regreso a la verdadera tradición española. En cuanto a la métrica, optó por la versificación irregular rítmica —pero con una preferencia por el verso alejandrino—. Esta versificación se había iniciado con el Romanticismo y culminó en el Modernismo y en la época contemporánea (Paz, 1974: 132).

Si consideramos nuestra nueva generación de escritores tales como Miguel de Unamuno (1864-1936) Pío Baroja (1872-1936). Ramiro Maeztu (1875-1936), Ramón de Valle Inclán (1860-1936), José Martínez Ruiz «Azorín» (1873-1937), Juan Ramón Jiménez (1881-1959), Manuel y Antonio Machado, Francisco Villaespesa (1877-1936), Eduardo Marquina (1879-1946), etc., caemos en el hecho de que todos se sintieron atraídos hacia esta nueva expresión literaria. Adaptaron las nuevas formas y el nuevo estilo, marcando una preferencia por el verso libre y resucitaron muchas formas antiguas como el alejandrino. Todos ellos escribieron en un primer momento bajo la influencia del Modernismo (Aullón de Haro, 1989: 47-101), aparte de Miguel de Unamuno y Pío Baroja. Testimonio de ello fueron las obras de Maeztu, *A una Venus gigantesca* en 1897; Valle Inclán, *Aroma de leyenda* en 1907; Villaespesa, *La musa enferma* en 1902; Marquina, *Oda* en 1900; Manuel Machado, *Alma* en 1902; Antonio Machado, *Soledades* en 1902. En cuanto a Unamuno, como señala Rafael Ferreres, «abusó del enjambement» que, aunque no desconocido, ni mucho menos, en nuestra poesía, fue Rubén Darío quien lo puso de moda por influjo francés. Pío Baroja publicó tardíamente, en 1944, sus *Canciones de suburbio* (Ferreres, 1968: 50-59).

Pero relacionado con lo que Octavio Paz había manifestado en cuanto al Modernismo español que volvió a la poesía tradicional, Richard A. Cardwell en *Antonio Machado hoy* nos comenta el cambio que se dio en casi todos a partir de 1902:

> Antonio Machado no se vio sólo en abandonar este tipo de poesía exótica-parnasiana decadente finisecular. Para el año de 1902, Jiménez había empezado a cultivar un nuevo estilo [...] el romance con ecos de los poetas místicos españoles, es decir, cultivaba un nuevo tradicionalismo. Alma de Manuel Machado también tiene muchos ecos de la tradición del cante hondo. Aun Azorín y Unamuno experimentaron un cambio notable en la forma narrativa [...] el primero [...] con creciente interés en el arte popular: De mi país (1903) y Recuerdos de niñez y mocedad (1908); el segundo entre la fase anarquista y Diario de un enfermo (1901). (Cardwell, 1990: 382-404)

Es un momento en que, como confirma Federico Onís, *el extranjerismo* (Simbolismo francés), característico de esta época, se convirtió en conciencia profunda de la casta y de la tradición propia, estos vinieron a ser temas dominantes del Modernismo (Onis, 1934: 150) y al mismo tiempo, significaron el asentamiento del propio Romanticismo de esta generación.

Pero este mismo Romanticismo se enfocó hacia otro planteamiento que la búsqueda de un Yo anarquista y bohemio. Algunos escritores expresaron su preocupación por la crisis nacional provocada por el desastre del 98. En esta corriente se situó la nueva postura de Antonio Machado tras su poesía intimista *Soledades*, así como la de Unamuno, Pío Baroja, Maeztu, Azorín y Valle-Inclán. Se les distinguió entonces con el nombre de «Generación del 98» frente a los modernistas cuya preocupación se definía por un cierto cosmopolitismo y por ser el reflejo más directo de las corrientes innovadoras europeas.

Pero hemos de notar que, pese a ser una corriente que representó la rebeldía de una generación frente al sistema establecido, el Modernismo fue un movimiento reaccionario por ser la expresión de una pequeña burguesía cuya ideología consistió en la de la belleza y la evasión frente a la realidad (Sánchez Trigueros, 1974; Berenguer, 1985: 29). Respondió plenamente a la ideología de las clases dirigentes. De ahí que algunos miembros, conscientes de esta problemática, abandonaran el discurso modernista a cambio de la realidad que estaban viviendo. Tal fue el caso de los ya citados y otros.

2.4 La Generación del 98

La popularización del nombre se debió a uno de sus miembros, José Martínez Ruiz *Azorín* (Grangel, 1953: 259-261). Se les ha definido como directamente unido al desastre del 98; sin embargo, M. Tuñón de Lara dice que la quiebra ideológica del 98 tuvo poco que ver con la llamada Generación del 98, que ninguno de ellos era verdaderamente conocido en aquel momento, aparte de Miguel de

Unamuno, y fue el 98 el que ejerció una influencia sobre ellos, pero no ellos sobre el 98 (Tuñón de Lara, 1986: 123).

Se ha mantenido toda una polémica acerca de quién de ellos perteneció y quién no a aquel grupo (Ferreres, 1964; Tuñón de Lara, 1986: 123-135; Diaz-Plaja, 1969: 7-17; Granjel, 1981: 280-297) y también se ha harto definido su compromiso nacional. Por ello, nos ha parecido que el enfoque más significativo de estos escritores, nos viene dado por A. Jutglar:

> […] empezaron a sonar en la vida pública española en el momento en que mayormente se acusará el impacto de la derrota del 98. Entre 1898 y 1918 aparecerá la parte más importante y más externa de la obra de la mayoría de los autores de dicha generación coincidiendo —por tanto— con la patentización más típica de la crisis espiritual hispana de los primeros años del siglo. Hablarán del sentimiento trágico de la vida en el hombre y en los pueblos; de la esencia y el significado de lo español en relación a lo europeo […], una serie de cuestiones aparecen como, más o menos, comunes a todos ellos: el paisaje y el problema de la cultura hispana, la cuestión de la decadencia de España y, concretamente, de Castilla […] tratados de formas muy distintas, […] pero que presentan unos rasgos generales de reflexión, opinión y actitud compartidos. (Jutglar, 1969: 110-111)

Correspondió esta generación con los que empezaron a soñar con el ideal de europeización y dejaron de creer en él para volver la vista hacia ¡Adentro! [9]. José María Jover explicó esta actitud por el pesimismo en que cayeron: «Un pesimismo referible, según sabemos, al complejo de inferioridad padecido a la sazón por todos los pueblos latinos, que presencian el apogeo técnico, político y cultural de los pueblos del Norte» (Valverde, 1986: 724).

Les impactó el institucionismo y el regeneracionismo en cuanto que, tal y como subrayó Carlos Blanco Aguinaga, todos, al principio de su obra, describieron el paisaje con la intención de explicarse la contradicción que existía entre el campo y las ciudades, dentro del desarrollo caótico del capitalismo de país subdesarrollado que se daba en España. Además se opusieron a la tradición de los paisajistas costumbristas que ofrecían una visión cercana a las viejas estructuras del país.

Sin embargo, será a través de este mismo paisaje cómo los del 98 se evadirán de la ideología que habían defendido e irán emparentándose con el de los costumbristas. La única excepción se dará con Antonio Machado, quien, como veremos más adelante, a través de ese mismo paisaje entrará cada vez más en la España de su tiempo (Aguinaga, Puértolas, Zavala, 1978: 294-322).

El problema de la regeneración nacional que plantearon había sido ya un terreno preparado por Galdós y Clarín, y la literatura que surgió marcó la prolongación de este enfoque, pero a través de una forma y un estilo distinto. Esas primeras actitudes, diferentes del Naturalismo, aparecieron con Ángel Ganivet (1865-1898)

---

9 Término de Unamuno.

y con Unamuno. Ganivet en *Idearium español* (1897) y Unamuno en *En torno al casticismo* (1902) llamaron la atención sobre la necesidad de revisar los valores españoles, pero no a través de la razón, sino de lo humano, lo vital. Desde entonces tanto en la poesía como en la novela el estilo se puso antiretórico. Otro rasgo común fue el gusto por las palabras tradicionales y terruñeras (Shaw, 1976: 253) y, en general, usaron también el ensayo como instrumento de divulgación de su ideología.

Constamos que la formulación de sus preocupaciones fue puramente romántica y tuvo como rasgo esencial el subjetivismo. Lo puso de relieve Unamuno cuando, en un artículo publicado en *El Imparcial* del 31 de enero de 1916, escribió:

> No era para nuestros sendos yos por la amplitud de su expresión, tanto tradicionalista como modernista por lo que peleábamos los ególatras de entonces; era para el yo de cada uno […]. Fue, ante todo, aquella nuestra gritería una protesta contra la pobre y triste política que se venía siguiendo en España. (apud. Tuñón de Lara, 1986: 122)

Otras características románticas que manifestaron fueron: el sentimentalismo, la melancolía y el pesimismo que se encontraron en la descripción de los paisajes de Castilla y que Pedro Laín Entralgo en *La Generación del noventa y ocho* llamó «amor amargo» (Laín Entralgo, 1947: 90-148). También la amplitud de su expresión, tanto tradicionalista como modernista, se dio mediante la vaguedad y la indeterminación formal (Allison Peers, 1954: 706-707) [10].

Si consideramos que fueron Rubén Darío y Verlaine los que influyeron sobre el Modernismo, Ángel Valbuena Prat nos recuerda que sobre los del 98 fueron el pesimismo de Schopenhauer, el vitalismo de Henri Bergson y la filosofía de Kant —que había quebrantado los cimientos de lo absoluto racional—, los que impactaron a todos ellos, pero más a Antonio Machado (Valbuena Prat, 1930: 10).

En cuanto a la importancia que pudo tener Nietzsche —por el hecho de plantear el valor absoluto de la vida como voluntad de poderío y la ascensión del hombre a un nuevo tipo de sobrehumano—, Gonzalo Sobejano (1967: 313-429), que investigó sobre el tema en *Nietzsche en España,* reconoció que el único convencido fue Maeztu, cuya obra *Hacia otra España* (1899) evidenció este hecho. Nos dice también que en Azorín y Baroja hubo un conocimiento de este escritor, mientras que Unamuno fue siempre antinietzscheano y Antonio Machado nunca manifestó simpatía alguna por su ideología.

Pero pronto, estos intelectuales conocidos en parte por su pesimismo, se vieron reemplazados por el optimismo de un grupo de hombres que surgieron al acercarse la segunda década del siglo. Fueron «los hombres de 1914» que empezaron su vida pública con una entidad llamada «La Liga de Educación Política», enca-

---

10 E. Allison Peers determina estos rasgos como características secundarias del Romanticismo español.

bezada por José Ortega y Gasset (1883-1955). Se adhirió a ella Antonio Machado mientras que Manuel Machado se negó.

El intelectual de este segundo decenio fue mucho más especialista que sus predecesores porque *la bohemia intelectual* dejó de ser un valor vigente para convertirse en excepción o en recuerdo. Se propuso un examen objetivo y racional de los problemas de España (opuesto a la subjetividad del 98), se definió como «europeísta» y su revolución la concibió desde el poder (cuyo antecedente fue el regeneracionismo) y en él se manifestó un claro elitismo. Ángel del Río nos revela que:

> lo realmente característico, diferencial, de Ortega y de los escritores que en torno a él se agruparon, fue el intento de superar las tendencias neorrománticas e individualistas del 98 y del Modernismo mediante la disociación de pensamiento y emoción que el personalismo de los escritores de fin de siglo habían fundido y hasta confundido. (Río, 1985: 454)

En esta época, los hermanos Machado, Valle-Inclán y Unamuno siguieron haciendo su obra poética, un poco independientes de movimientos y escuelas, fieles a sí mismos. El Modernismo se extinguió hacia 1918 cuando llegó el Vanguardismo, que introdujo cierta renovación de la métrica (por ejemplo, la modernización del romance) e incluso ciertas audacias en el léxico.

2.5 La Vanguardia: una ruptura

Al estallar la primera Guerra Mundial se manifestó la primera gran crisis del Imperialismo y el final de una época importante del capitalismo: la segunda revolución industrial. En 1917, en plena guerra, tuvo lugar la revolución bolchevique, que instauró la primera sociedad socialista en la historia de la humanidad. Como escribió Blanco Aguinaga:

> La lucha de clases consciente, eje de la Historia europea del siglo XIX, culmina así en la primera etapa de la división radicalmente antagónica no sólo entre Estados, sino entre capitalismo y socialismo. (Aguinaga, Puértolas, Zavala, 1978: 255)

Fue en este ambiente, después de la nueva Revolución Rusa, donde aparecieron todos los «ismos» como signos de lucha contra la herencia burguesa del siglo XIX: imaginismo, cubismo (en pintura apareció en 1908), creacionismo, futurismo, dadaísmo, surrealismo, etc.

Estos movimientos de vanguardia rompieron con la tradición inmediata —Simbolismo y Naturalismo en literatura, Impresionismo en pintura— y esa ruptura fue una continuación de la tradición iniciada por el Romanticismo (Paz, 1974: 159). En el ámbito de la cultura este antagonismo se dio antes de la Gran Guerra a través del Futurismo. En 1909 había aparecido el primer manifiesto futurista de Marinetti en el que predicaba una lucha contra todo convencionalismo clásico y naturalista

para descubrir la novedad del mundo moderno, de las máquinas y de la guerra[11]. El dadaísmo y el surrealismo se presentaron como las dos tendencias más significativas de los años veinte. La quiebra total de valores provocada por la Guerra de 1914 fue un pretexto válido para la aparición del primero. Su descubridor fue Tristán Tzara (1896-1963). Dadaísmo no significaba nada, quiso ser antiarte, antiliteratura, fue la negación de las tendencias del burgués. El surrealismo se dio a conocer públicamente con el Manifiesto de 1924 de André Bretón, en el que definió este movimiento como:

> Automatismo psíquico, mediante el cual se pretende expresar, sea verbalmente, por escrito o de otra manera, el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento con ausencia de toda vigilancia ejercida por la razón, fuera de toda preocupación estética o moral. (Torre, 1965: 372)

Ana Balakian en *El movimiento simbolista* subraya que tanto los surrealistas como los románticos y los simbolistas buscaron analogías o imitaciones del infinito; pero «si el romántico aspiraba al infinito y el simbolista pensaba que podía descubrirlo, el surrealista pensaba que podía crearlo» (Balakian, 1969: 30).

La vanguardia fue una crítica del modernismo dentro del modernismo, una reacción individual de varios poetas. Según dijo Octavio Paz: «Fue admirable y también terrible: nos encerró en un solipsismo, rompió el puente que unía el yo al tú y ambos a la tercera persona: el otro, los otros» (Paz, 1990: 63).

En España, la verdadera renovación de la poesía se debió a la incorporación de varios poetas al panorama universal. Fueron los de la Generación del 27 los que se impusieron como rebeldes frente a las estructuras arcaicas. Fueron unos románticos que realizaron una inmersión en lo popular buscando sus valores específicos. Todos ellos integraron su obra en la vasta corriente popular que existía en aquel momento y revalorizaron a Góngora. El formalismo de los poetas de la vanguardia europea se asociaba con el espíritu de los españoles, quienes se identificaron a su vez con el formalismo de Góngora. Crearon una poesía intelectual, conceptual, que se adaptaba al uso de la imagen. En esta generación se enmarcaron Gerardo Diego, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Luis Cernuda y Miguel Hernández. Pero algunos, como García Lorca y Dámaso Alonso, luego desembocaron en el Surrealismo.

Frente a esta vanguardia el modernismo y el noventayochismo quedaron literariamente desintegrados o bien al margen de varias resoluciones «heteroformes». Antonio Machado empezó a escribir sus heterónimos con *Abel Martín* y *Juan de Mairena* y Manuel Machado *La guerra Literaria* en prosa.

---

[11] En 1909, Marinetti estampó por primera vez la palabra «futurismo». Pero Gabriel Alomar habla ya de Futurismo en ***Renacimiento,*** núms. de septiembre de 1907, pp. 357-276 y de octubre de 1907, pp. 575-595.
El Manifiesto del futurismo de Filipo Marinetti aparece en *Le Fígaro,* el 20 de febrero de 1909 y, en abril de 1909, aparece en ***Prometeo,*** «Fundación y Manifiesto del Futurismo», núm. 6, pp. 65-73.

De cara a estos nuevos poetas que al principio se vincularon con la poesía popular tradicional, Unamuno y Antonio Machado reaccionaron violentamente. Pedro Aullón de Haro en *La poesía en el siglo xx (hasta 1939)* escribe:

> Cuando Lorca y sus compañeros sondeaban sus mentes para buscar unas maneras personales y propias, su creación de imágenes fue interpretada por Unamuno como una búsqueda de «fácil dificultad» y por Machado como las «abigarradas imágenes de los novísimos poetas», que estaba en consonancia con su ataque en Abel Martín a la poesía barroca, ponía de manifiesto su fracaso en entender a los jóvenes. (Aullón de Haro, 1989: 202)

Esta generación fue llamada también la «del desastre» y anunció la ruptura total con un sistema político, social y cultural. Su postura antiburguesa y su adhesión al proletariado hizo que llevaran su compromiso de cara al pueblo con tanta profundidad como la de Antonio Machado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Allison Peers, A. (1954). *Historia del movimiento romántico español*. Madrid: Gredos.

Aullón De Haro, A. (1989). *La poesía en el siglo xx (hasta 1939)*. Madrid: Taurus.

Balakian, A. (1969). *El movimiento simbolista*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Benhamamouche, F. (2004). *Dos poetas en su tiempo (De la Restauración a la guerra civil): Manuel y Antonio Machado*. Orán: Dar el Gharb.

Berenguer, Á. (1985). *El teatro en el siglo xx (hasta 1939)*. Madrid: Taurus.

– (1991) «Sociogénesis y evolución del discurso poético en Antonio Machado», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 374, Madrid.

– (2004) «La flecha y la sirena, Los hermanos Machado en su tiempo» (prol.). En *Dos poetas en su tiempo (De la Restauración a la guerra civil) Manuel y Antonio Machado*. Orán: Dar el Gharb.

Blanco Aguinaga, C. (1970). *Juventud del 98*. Madrid: Editorial Siglo xxi.

Blanco Aguinaga, C. Rodríguez Puértolas, J., Zavala, I. (1978) *Historia social de la Literatura española*, t. II. Madrid: Editorial Castalia.

Brotherston, G. (1976). *Manuel Machado*. Madrid: Taurus.

Cardewell, R. A. (1990). «Antonio Machado. La Institución y el Idealismo finisecular». En *Antonio Machado hoy*, vol. I, Sevilla: Ediciones Alfar, 382-404.

Díaz-Plaja, G. (1969). *Modernismo frente a 98 y otros ensayos*. Madrid: Gredos.

Ferreres, R. (1968). «Los límites del modernismo y la Generación del noventa y ocho». En *Estudios críticos sobre el Modernismo*, introducción, selección y bibliografía general por Homero castillo. Madrid: Editorial Gredos.

Grangel, L. (1953). *Panorama de la Generación del 98*. Madrid: Guadarrama.

Jover, J. M., Reglá, J., Seco, C. (1970). *España moderna y contemporánea*. Barcelona: Editorial Teide, 638.

Jutglar, A. (1969). *Ideologías y clases en la España contemporánea (1874-1931,* t. 2. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, S. A.

Laín Entralgo, P. (1947). *La Generación del noventa y ocho*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
Machado, M. y A. (1973). *Obras completas*. Madrid: Plenitud.
Onís, F. (1934). *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
Ortí, A. (1976) «Oligarquía y caciquismo», *La Revista de trabajo,* vol. I, Madrid, CXCV-CCII.
Paz, O. (1974). *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral.
– (1990) *La otra voz, Poesía y fin de siglo*. Barcelona: Seix Barral.
Pérez de la Dehesa, R. (1966). *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones.
Pérez Ferrero, M. (1953). *Vida de Antonio Machado y Manuel*. 2.ª ed. Austral (col.). Buenos Aires: Espasa-Calpe.
Río, A. (del). (1985). *Historia de la literatura española*. t. 2. Barcelona: Bruguera.
Salinas, P. (1972). *Literatura Española Siglo XX*. 2.ª ed. Madrid: Alianza Editorial.
Sánchez Trigueros, A. (1974). *Francisco Villaespesa y su primera obra poética (1897-1900*. Granada: Universidad de Granada.
Shaw, D. L. (1976). *Historia de la literatura española. El Siglo xx*. 3.ª ed., t.V. Barcelona: Ariel.
Sobejano. G. (1967). *Nietzsche en España*. Madrid: Editorial Gredos. S. A.
Tierno Galván, E. (1961). *Costa y el Regeneracionismo*. Barcelona: Editorial Barna. S. A.
Tuñón de Lara, M. (1967). *Antonio Machado poeta del pueblo*. Barcelona: Nova Terra.
– (1975). *La España del siglo xix*. Barcelona: Editorial Laia.
– (1977). *Medio Siglo de Cultura Española*. 3.ª ed. Madrid: Editorial Tecnos.
– (1986). «¿Hay una generación del 98?». En *España: La quiebra de 1898*. Biblioteca de La Historia de España (ed.). Madrid. Sarpe.
Ubieto, A, Reglá, J., Jover, J M. (1963). *Introducción a la Historia de España*. Barcelona: Editorial Teide.
Valbuena Prat, Á. (1930). «Los poetas de la Generación del 98». En *La Gaceta Literaria*. núm. 83. Madrid. 10.
Valverde, J M. (1985). *Movimientos literarios*. Barcelona: Aula Abierta Salvat. (1986*). Antonio Machado*. México: Siglo xxi.
Vicens Vives, J. (1985). *Aproximación a la historia de España*. 7.ª ed. Barcelona: Editorial Vicens Vives.